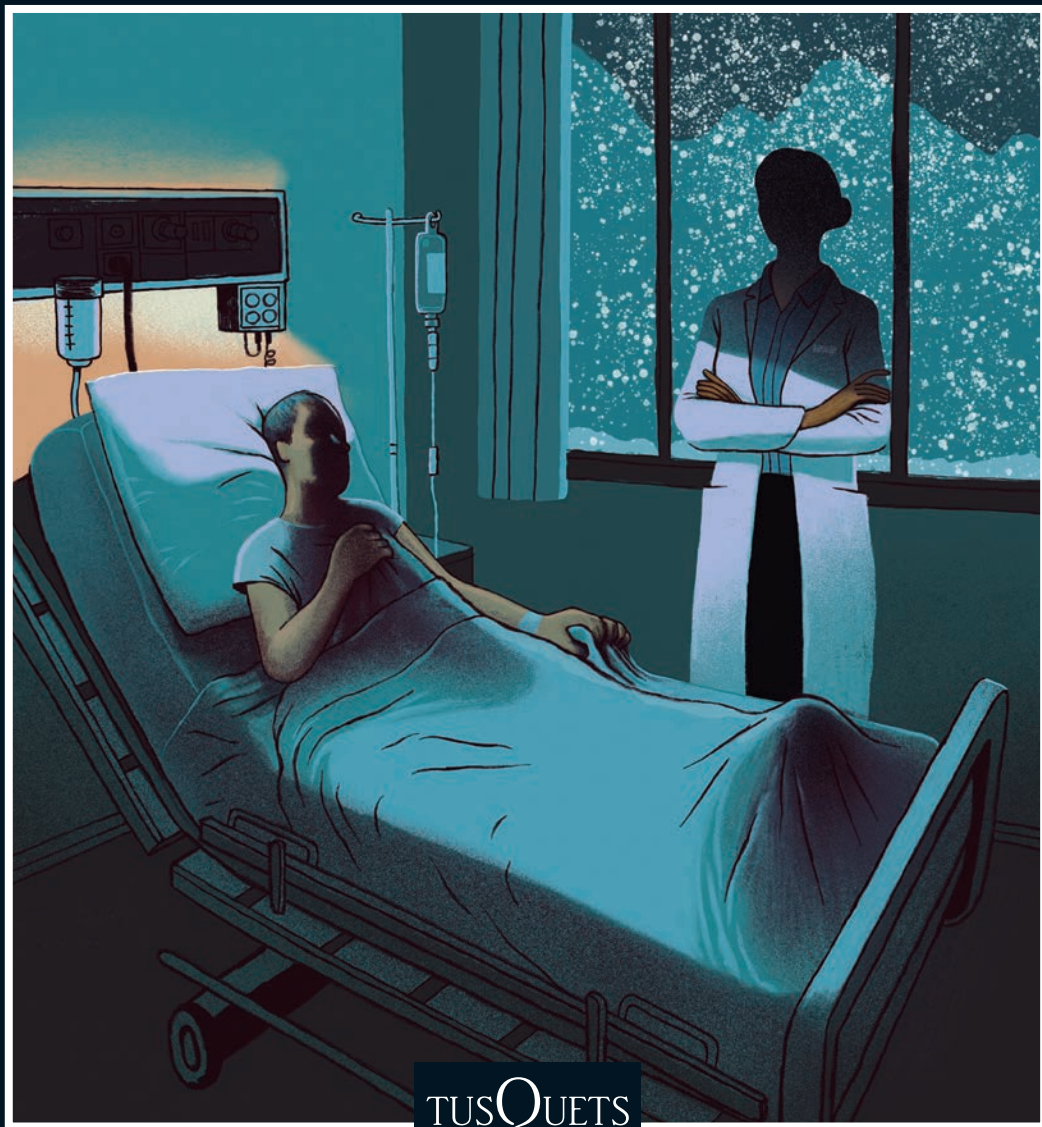


Friedrich Dürrenmatt

LA SOSPECHA

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

FRIEDRICH DÜRRENMATT
LA SOSPECHA

Traducción de Juan José del Solar

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *Der Verdacht*

1.ª edición en esta presentación: enero de 2021

© 1986 by Diogenes Verlag AG Zürich. Todos los derechos reservados.
(Primera edición: 1953)

© de la traducción: Juan José del Solar, 1996
Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-896-2
Depósito legal: B. 20.951-2020
Fotocomposición: Realización Tusquets Editores
Impresión y encuadernación: Black Print
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Índice

Primera parte

La sospecha.....	13
La coartada	25
El cese	30
La cabaña.....	37
Gulliver	48
La especulación	73
Otra visita	92

Segunda parte

El abismo.....	111
El enano.....	115
El interrogatorio	121
La habitación.....	133
La doctora Marlok	141
El infierno de los ricos	152

<i>El caballero, la muerte y el diablo</i>	162
El reloj	175
Una canción infantil.....	203

La sospecha

A principios de noviembre de 1948, Bärlach fue ingresado en el Salem, el hospital desde el que se divisa el casco antiguo de la ciudad de Berna con el ayuntamiento. Un ataque cardiaco había aplazado dos semanas la difícil y urgente operación. Cuando por fin se llevó a cabo, transcurrió sin incidentes, pero el diagnóstico confirmó aquella enfermedad incurable de la que venía sospechándose. Lo tenía mal el comisario. Su jefe, el juez instructor Lutz, ya se había resignado en dos ocasiones a aceptar el fin de su subalterno, y dos veces pudo aún abrigar nuevas esperanzas, hasta que por fin, poco antes de Navidad, se produjo una mejoría. El anciano pasó las fiestas sumido en una especie de sopor, pero el lunes día 27 se despertó animado y se entretuvo hojeando números viejos de la revista norteamericana *Life* de 1945.

—Eran unos bestias, Samuel —dijo cuando el doctor Hungertobel entró en la habitación bañada en la luz vespertina para efectuar su visita—, unos bestias. —Y le alcanzó la revista—. Tú eres médico y puedes imaginarte lo que debió de ser aquello. Mira esta fotografía hecha en el campo de concentración de Stutthof. Nehle, el médico del campo, está practicándole una operación de vientre sin anestesia a un prisionero, y en ese mismo momento le hacen una fotografía.

El médico comentó que era una práctica frecuente entre los nazis y miró la fotografía, pero al punto empalideció y quiso dejar a un lado la revista.

—¿Qué te pasa? —preguntó el enfermo, asombrado.

Hungertobel no contestó enseguida. Puso la revista abierta sobre la cama de Bärlach, sacó unas gafas de concha del bolsillo superior derecho de su bata blanca y se las puso con un leve temblor que no pasó inadvertido al comisario. Entonces miró la foto por segunda vez.

«¿Por qué estará tan nervioso?», pensó Bärlach.

—¡Qué disparate! —dijo por último Hungertobel fastidiado, y dejó la revista sobre la mesa, junto a las otras—. Venga, dame la mano. A ver cómo anda ese pulso.

Transcurrido un minuto de silencio, el médico soltó el brazo de su amigo y miró la hoja clínica colgada sobre la cabecera de la cama.

—Tu estado es satisfactorio, Hans.

—¿Un año más? —preguntó Bärlach.

Hungertobel se desconcertó.

—No hablemos de eso ahora —contestó—. Tienes que cuidarte y someterte de nuevo a una revisión.

El anciano rezongó que él siempre se cuidaba.

—Pues entonces, perfecto —dijo Hungertobel, al tiempo que se despedía.

—¡Alcánzame el *Life*, por favor! —pidió el enfermo con aparente indiferencia.

Hungertobel le dio una de las revistas de la pila que había sobre la mesita de noche.

—Esa no —dijo el comisario, y miró al médico con cierto aire burlón—; quiero la que acabas de quitarme. No me resulta tan fácil apartarme de un campo de concentración.

Hungertobel titubeó un instante, se sonrojó al sentir la inquisidora mirada de Bärlach clavada en él, y le alcanzó la revista. Luego abandonó la habitación muy deprisa, como si algo le resultara desagradable. Entró una enfermera y el comisario le pidió que se llevara las otras revistas.

—¿Y esta no? —preguntó la enfermera señalando la que estaba sobre el cubrecama de Bärlach.

—No, esta no —dijo el viejo.

Nada más marcharse la enfermera, volvió a mirar la fotografía. La impasibilidad del médico que estaba practicando aquel brutal experimento le daba cierto aire de ídolo pagano. Tenía la mayor parte de la cara oculta por la mascarilla antiséptica.

El comisario guardó la revista en el cajón de su mesita de noche y cruzó las manos detrás de la cabeza. Con los ojos muy abiertos se quedó mirando la noche, que se iba colando poco a poco en la habitación. No encendió la luz.

Más tarde volvió la enfermera con la cena. Seguía siendo escasa y de estricta dieta: sopa de avena. No probó la infusión de tila, que no le gustaba. Después de terminar la sopa apagó la luz y volvió a mirar la oscuridad, escrutando las cada vez más impenetrables sombras.

Le gustaba ver cómo se apagaban las luces de la ciudad a través de la ventana.

Cuando llegó la enfermera a arreglarle la cama para la noche, el comisario ya dormía.

A las diez de la mañana siguiente llegó Hungertobel.

Bärlach yacía en su cama, con las manos detrás de la cabeza, y sobre el cubrecama se veía la revista abierta. Sus ojos examinaron atentamente al médico. Hungertobel vio que lo que su amigo tenía ante sí era la foto del campo de concentración.

—¿No quieres decirme por qué empalideciste como un muerto cuando te mostré esta fotografía de *Life*? —preguntó el enfermo.

Hungertobel se acercó a la cama, cogió la hoja clínica, la estudió con más atención que de costumbre y volvió a colgarla en su lugar.

—Fue solo una equivocación ridícula, Hans —dijo—. No vale la pena ni mencionarla.

—¿Conoces a este tal doctor Nehle?

La voz de Bärlach delataba una extraña agitación.

—No —replicó Hungertobel—. No lo conozco. Tan solo me recordó a alguien.

El comisario comentó que el parecido tenía que ser grande.

El médico admitió que el parecido era grande, y volvió a mirar la foto con una inquietud que, esta vez, Bärlach pudo advertir claramente. Pero añadió que la fotografía solo mostraba la mitad de la cara, y que todos los médicos se asemejaban al operar.

—¿A quién te recuerda ese bestia? —preguntó el viejo, implacable.

—¡Todo esto es un disparate! —replicó Hungertobel—. Ya te he dicho que debe de ser una equivocación.

—Y, sin embargo, jurarías que es él, ¿verdad, Samuel?

El médico respondió que sí, y agregó que lo juraría si no supiera que aquel no podía ser el sospechoso. Más valía que dejaran ese penoso asunto. No era aconsejable hojear un viejo número de *Life* poco después de una operación en la que se había estado entre la vida y la muerte. Al cabo de un rato, mirando de nuevo la fotografía, como hipnotizado, prosiguió diciendo que aquel médico no podía ser el que él conocía, pues durante la guerra había estado en Chile. De modo que todo era un absurdo, cualquiera se daría cuenta.

—En Chile, en Chile —dijo Bärlach—. ¿Y cuándo regresó tu hombre, el que no puede, en tu opinión, ser tomado por Nehle?

—En el cuarenta y cinco.

—En Chile, en Chile —repitió Bärlach—. ¿Y no quieres decirme a quién te recuerda esa fotografía? —Hungertobel titubeó antes de responder. Al anciano doctor el asunto le resultaba muy penoso.

—Si te digo el nombre, Hans —dijo por último—, empezarás a sospechar de él.

—Ya he empezado a sospechar de él —respondió el comisario. Hungertobel suspiró.

—Ya ves, Hans —dijo—, justo lo que me temía. Y yo no quería esto, ¿me entiendes? Soy un viejo médico y no me gustaría hacerle daño a nadie. Tu sospecha es una locura. No puede sospecharse de alguien a partir de una simple fotografía, y menos aún cuando la foto deja ver poco de su rostro. Además, ese hombre estaba en Chile: es un hecho.

El comisario inquirió qué había estado haciendo allí.

—Dirigía una clínica en Santiago —dijo Hungertobel.

—En Chile, en Chile —repitió Bärlach. Y añadió que era un estribillo peligroso y difícil de verificar. Que Samuel tenía razón: una sospecha era algo horrible y provenía del demonio—. Nada hace tanto daño como una sospecha —prosiguió—; lo sé perfectamente, y muchas veces he maldecido mi profesión. No hay que dejarse dominar por ella. Pero ahora tenemos una y tú me la has contagiado. Te la devolveré muy gustoso, mi estimado y viejo amigo, si tú también prescin-

des de la tuya, pues eres tú el que no logra liberarse de esa sospecha.

Hungertobel se sentó junto a la cama del viejo y lo miró con aire desvalido. Los rayos del sol penetraban oblicuamente en la habitación a través de las cortinas. Fuera hacía un día espléndido, como otras veces en aquel suave invierno.

—No puedo —dijo al final el médico en el silencio de la habitación—, no puedo. ¡Que Dios me asista! No consigo liberarme de esta sospecha. Lo conozco demasiado bien. Estudié con él y fue mi sustituto en dos oportunidades. El de la fotografía es él. Se ve también la cicatriz de la operación sobre la sien. La conozco, yo mismo operé a Emmenberger.

Hungertobel se quitó las gafas de la nariz y las guardó en su bolsillo superior derecho. Luego se enjugó el sudor de la frente.

—¿Emmenberger? —preguntó al cabo de un rato el comisario, con voz tranquila—. ¿Se llama así?

—Pues sí, ya lo he dicho —respondió Hungertobel, inquieto—. Fritz Emmenberger.

—¿Es médico?

—Así es.

—¿Y vive en Suiza?

—Es el propietario de la clínica Sonnenstein, en el Zürichberg —replicó el médico—. En el año treinta y dos emigró a Alemania, y luego a Chile. En el cuarenta y cinco regresó y se hizo cargo de la clínica. Uno de los sanatorios más caros de Suiza —añadió en voz baja.

—¿Solo para ricos?

—Solo para multimillonarios.

—¿Y es un buen científico, Samuel? —preguntó el comisario.

Hungertobel vaciló. Dijo que era difícil responder a esa pregunta, y añadió:

—Durante una época fue un buen científico, pero no sabemos muy bien si continúa siéndolo. Trabaja con métodos que nos parecen cuestionables. Aún sabemos muy poco acerca de las hormonas, que son su especialidad, y como ocurre en todas las ramas de la ciencia que se pretende conquistar, encuentras un poco de todo. Muchas veces los científicos y los charlatanes son una y la misma persona. ¿Qué se le va a hacer, Hans? Emmenberger es muy apreciado por sus pacientes, que creen en él como en un dios. Esto es, en mi opinión, lo más importante para pacientes tan ricos, en quienes hasta la enfermedad es un lujo; sin fe no funciona nada, y menos que nada las

hormonas. Pues resulta que así ha ido cosechando éxitos, respeto y dinero. Por algo lo llamamos el «Tío heredero»...

Hungertobel interrumpió bruscamente su discurso, como arrepentido de haber pronunciado el sobrenombre de Emmenberger.

—¿El Tío heredero? ¿Y por qué ese apelativo? —preguntó Bärlach.

—Porque su clínica ha ido heredando las fortunas de muchos pacientes —replicó Hungertobel, con evidente mala conciencia—. Algo que allí se ha puesto, al parecer, de moda.

—¡Y que os ha llamado la atención a vosotros, los médicos! —exclamó el comisario.

Ambos callaron. En aquel silencio flotaba algo tácito que a Hungertobel le infundía temor.

—No deberías pensar lo que estás pensando —dijo de pronto, asustado.

—Solo pienso lo que tú piensas —respondió serenamente el comisario—. Seamos precisos. Aunque sea un delito lo que pensamos, no nos asustemos de nuestros pensamientos. Solo si los admitimos ante nuestra propia conciencia podremos analizarlos y, en caso de que nos equivoquemos, superarlos. ¿Qué estamos pensando, Samuel? Estamos pensando que Emmenberger aplica los

métodos aprendidos en el campo de concentración de Stutthof para obligar a los pacientes a legarle sus fortunas, y luego los mata.

—¡No! —exclamó Hungertobel con mirada febril—. ¡No! —Y mirando a Bärlach con ojos de desamparo añadió—: ¡No debemos pensar semejante cosa! ¡No somos bestias! —Luego se levantó y empezó a pasearse alteradísimo por la habitación, yendo de la pared a la ventana y de la ventana a la pared—. ¡Dios mío! —gimió el médico—. ¡No hay nada más horroroso que momentos como este!

—La sospecha —dijo el viejo desde su cama, y repitió una vez más, inexorable—: ¡la sospecha!

Hungertobel se detuvo junto a la cama de Bärlach.

—Olvidémonos de esta conversación, Hans —dijo—. Hemos ido demasiado lejos. Ciertamente, a veces nos gusta jugar con las posibilidades, pero no es bueno. No nos preocupemos más de Emmenberger. Cuanto más miro esa foto, menos creo que sea él. Y no es una evasiva. Ese tipo estuvo en Chile, no en Stutthof, y esto invalida nuestra sospecha.

—En Chile, en Chile —dijo Bärlach, y sus ojos centellearon, ávidos de una nueva aventura.

Estiró el cuerpo y luego volvió a quedarse inmóvil y relajado, con las manos detrás de la cabeza—. Ahora debes ir a ver a tus pacientes, Samuel —le recordó al cabo de un rato—. Están esperándote. No quiero retenerte más tiempo. Olvidemos nuestra conversación. Será lo mejor; tienes razón.

Ya en la puerta, cuando Hungertobel se volvió una vez más, receloso, hacia el enfermo, este se había dormido.